

oidos, de las Marias y el Juan. Pero el Juan se hallaba curado de espanto, y para neutralizar los efectos del miedo, cantaba como para mover á risa al bajar la Cuesta del Chapiz:

Para cuestas arriba te quiero mulo,
que las cuestas abajo yo me las subo.

Atravesaron la Carrera de Darro, la Plaza Nueva, subieron la calle de Gomeles, Puerta de Bib-Lachar (ó de las Granadas). En las alamedas, mas allá del comedio de ellas, casi enfrente de la torre maldita de los Siete Suelos, porque no se antoja á las dos jóvenes ver venir el belludo y el caballo descabezado. Aquí fué Troya; quedaron clavadas é inmóviles cual si fueran estatuas de Lot, no sin haber dado un grito poderoso de espanto. Confortolas el muletero y la Toledana, y aunque venir veían bultos que sospechas daban, menester era demostrar fortaleza hasta reconocerlos.

Temia el Juan habérselas con una ronda, que no ponía mientes en fastasmas; pero afortunadamente salieron vanos los temores, y la causa de la alarma vino á reducirse á un pastor con su rucio cargado con las pieles de unas ovejas á quienes habian muerto sus compañeros los pastores lobos.

Sucedieronse las risas al desvanecimiento de los antojos, y pasito entre pasito, sazonado el discurso con los sabrosos sucedidos que contaba el Juan, llegaron por fin á la encantada Haza de la Escaramuza.

Eran de verse allí sentadas en corro con el mule-

tero las embobadas Marias engullendo los albores, acedias, el succulento jamon de Trevelez, y tirando sendos tragos de una bien provista bota, á quien el menudeo de los tientos iba enflaqueciendo el vientre. Con los humos vinieron los consumos, pasaba la bota de mano en mano, y como si quisieran alejar pensamientos importunos, de los cuatro, no dejaba ninguno de escanciar lo que la respiracion permitia.

Que toro ni que maravedises, para toros estaban las Marias; subi6se el vino á los escaparates de la sesera, y como natural efecto del aturdimiento, mientras la una cantaba, reia aturdidamente la otra, y la mas vieja y mas taimada echándose al colete el resto de las provisiones, pedia al Juan le sirviese vino y mas vino.

Complaciolas el Juan á medida de su deseo, y encontrando ocasion propicia, vertió al descuido en la bota parte del brebaje que contenia la redómilla del rapista, y hubiérala vaciado toda á no haberlo impedido la menor de las Marias que se le puso delante demandando que beber.

Alargole el muletero la bota, y una tras otra trasegaron las tres el vino sazonado de beleño del corcho al est6mago.

Como era natural vino la modorra, á la modorra sigui6 el desplomamiento y luego el mas profundo sopor.

No bien las hubo avizorado el Juan tendidas en el suelo y en situacion ajustada, no se daba el rufian manos para coger los dijes y aderezos, y puestos á

buen recaudo en sus bolsillos, dando tornillo á las zancas, allá mas listo que un gamo se encontró en un santiamen en el zaguan de su cofrade el barbero.

Apercibidos hallábanse los tres rufianes esperando la venida del muletero, bien que para matar la impaciencia, sobre una mesa mugrienta, en animado coloquio con tres escudillas rebosando vino, platicaban sobre el éxito de la empresa del Juan y las tres Marias.

Prodújoles contentamiento tal la entrada del Juan con sus despojos, que fué menester que el rapista pusiera punto en boca á los plácemes y enhorabuenas, no sin haber hecho antes cuatro concienzudos lotes de las alhajas que fueron sorteadas, aunque con manos sucias, que hubo Periquete la mejor y la parte de mas valia, bien que perjuró no haber ejercitado sus escamoteos. Dispuesto se hallaba el militar á jugar á los dados ó al cané su lote, y aunque el poeta entremesero no puso reparos al envite, menester fué levantar el campo, que la campana de la Vela indicaba con su lengua de metal que la sin par Dorotea esperaba á la reja de su casa.

Mudose el Juan la vestimenta, encasquetóse su chambergo sobre la oreja siniestra, cruzóse la espada tras los riñones, y seguido del rapista disfrazado con hábitos talarés, y de el militar y el poeta, tomaron rumbo hácia la Antequeruela.

En ascuas se encendió el Juan al ver la oscuridad de la casa de su Dulcinea, aunque bien pensado no sentaba bien á doncella tan recatada descubrir con lucés la natural turbacion del rostro, en caso tan peliagudo como el de un clandestino enlace.

«Batió palmas el muletero, que tal era la seña con-
certada; á cuyo reclamo abriéronse recatadamente
las hojas de una ventana empotrada en el suelo, y un
tímido ceceo le certificaron del apéribimiento.» A

«El rapista que ansiaba echar manojos de bendi-
ciones quiso romper marcha, creyendo haber llegado
el momento; pero un *tente* del muletero le atajó el
paso á cierta distancia, con la consigna de no mo-
ver planta hasta que recibiese órdenes. En tanto ha-
bíase aproximado el Juan á la reja, y creyendo haber-
selas con Dorotea, comenzó á guisa de enamorado
amante con una retáula de protestas y zalamerías á
requiebrar á su dama, que era ni más ni menos que
el veggatorio de la dueña; cogióle entre las suyas la
mano que tenía asida al hierro, y cuando en un rap-
to de cariño iba á aplicarles los lábios, ¡cuál no sería
su sorpresa al ver por entre la abertura de la ven-
tana la cara escuálida y arrugada de la vieja, y lo
que fué más sensible sus garrales narices, y el po-
zo airon de su boca, huérfana hacia medio siglo del
total de dientes y muelas.»

A otro que al muletero hubiera desconcertado el
lance, pero no había menester el mozo de explica-
ciones para reportarse á sí mismo al oírlo con el mismo
—¿Qué es esto, la dijo, cómo así, Mari-Yañez, y
la sin par tu señora, sucediérale acaso estorbo para
no encontrarse aquí como debiera?—
—Hay señor don Juan de mi vida, contestó la
vieja que nó me llega la camisa al cuerpo, ya se vé,
el trañe no tes para menos.
—Pero qué hay, qué sucede, qué se hizo de Do-
rotea? repuso el Juan.

—Repórtese usarcé, señor caballero, que ni está lejos, ni en grande cuidado, contaréle el sucedido y por él verá su merced en que modo salir de tan apurado trance.

—Colgado me tiene de los labios, murmuró Juan, fingiendo hallarse conmovido.

—Ya recordará usarcé haber entregado una ganza á mi señora á fin de hacerla de algunos datos, escurdiñando las arcas de su padre, para en su día pedir el otorgamiento de dote.

—Así es ello, respondió el Juan.

—Pues bien, señor, temerosa mi señora de ser sentida en su inocente operacion, hubo de procurarse un narcótico con que adormecer á su padre, mientras registraba los escaparates; hizólo como lo habia pensado, mezcló el beleño en la cena, y á favor del sueño profundo que embargó los sentidos del viejo, no ha dejado ríacon por examinar, y es tanto el dinero que ha encontrado en ellos, que menester sería no una, sino muchas noches para ponerlo á buen recaudo.

—No háya reparos en eso, dijo el Juan derramando gozo, que ya yo tengo previstos esos entuertos y con un par de buenos amigos muy pronto hé de enderezarlos, que la amistad es para las ocasiones, y entre gentes discretas y bien nacidas no se garbeará una blanca. Pero ¿y Dorotea? volvió á preguntar el muletero.

—Aquí sin sentido yace á mis piés,

—¡Desmayada! exclamó el muletero.

—Así es en efecto, que tan luego como vió dormido al padre, antojósele que lo habia envenenado,

y ha sido su terror tal, que heme visto negra y con todo no la hé persuadido de su error, antes mis palabras hanla servido de desconsuelo.

Oyóse en esto un suspiro de Dorotea.

—Ah mi bien, dijo el muletero, no hay que tener pavura, ello no es nada; ánimo que está tu Juan á la reja, y muy pronto hallaráse en tus brazos.

—Hay de mi, que á moverme no acierto, murmuró en esto Dorotea.

—A socorrerte iré, dueña de mis potencias.

—Y sea muy luego, antes que nadie se aperci-
ba, repuso la vieja, que dos talegos de buenos es-
cudos que hé dejado en los corredores, proveerán
nuestras necesidades lejos de este suelo.

Iba á responder el Juan, cuando la dueña repuso.

—Dáisme palabra, señor gentil hombre, de porta-
ros con mi señora como cumple á los fijos-dalgo?

—Menguado quien lo dudara, dijo el Juan.

—Entonces, repuso la vieja, y bajo protesta de
llevarme en vuestra compañía, puede usarcé y sus
amigos entrar si les place, que está la puerta en-
tornada y franca la de esta sala baja.

No se hizo el muletero de ruegos, retiróse de la
reja, hizo señas á sus amigos, cruzó palabras con
ellos, y entráronse en la casa.

Hallabase esta á oscuras, cosa que no agradó mu-
cho á los rufianes y ni pizca, cuando habiendo puesto
los piés guiados por la dueña en la sala baja, oye-
ron crujir los cerrojos de la puerta de la calle, como
si la cerraran. Aumentóse mas su inquietud cuando
al dirigir la palabra á la dueña y Dorotea, no hubie-
ron contestacion de Dorotea ni de la dueña. Entra-

aron en ascuas los cuatro cofrades y á punto estaba de deshacer lo andado y salir al aire libre que el taposento los afixiaba, cuando de pronto hachas embreadas iluminaron con rojo fulgor la estancia, y su favor, en vez de las dos mujeres y los talegos de oro, ven salir al padre de Dorotea, espada en mano con una docena de corchetes blandiendo las suyas y señalando á los rufianes decirles:

—Hélos ahí á los ladrones, cerrad vive Dios con ellos, y que no quede uno para contarlo.

—Hemos sido soplados de algun cañuto, exclamó el rapista.

—Los guros! añadió el poeta.

—A ellos, repusieron los otros dos.

No era ninguno de los cuatro mancos, trabóse reñido combate, y al fin y al postre despues de sendos mandobles y estocadas, quedó la resta en los cuatro maniatados, no sin que tres corchetes rodaran por la estancia.

Llenólos el padre de Dorotea de dicterios, pero ni el militar estaba para bravatas con un nuevo chirlo que le habian abierto en el cráneo de una buena cuchillada, ni el poeta se acordaba de sus entremeses, ni el muletero, ni el rapista estaban para cancamusas.

Lo mas sensible fué, que registradas sus personas los desbaliaron de las joyas de las Marias, y para colmo de desdichas llevados á la cárcel pública, los encerraron en el mas oscuro calabozo.

El cómo de este desenlace dicolo el manueristo en esta manera. Habíendose escamado el padre de Doro-

tea de las idas y venidas del Juan, y viniendo por sus trazas en lo intencionado de sus intentos, por medio de halagos y amenazas supo lo que proyectaba la misma noche del suceso; á la sazón pasaba por la calle una ronda, informa al que la manda del proyecto, y los oculta tras cortinas en una alcoba próxima á la sala baja, en tanto que él á favor de la oscuridad de concierto con la dueña, tiende á los rufianes el lazo en que cayeron.

Mientras estos contraliempos, continuaban durmiendo las tres Marias en el Haza de la Escaramuza.

Recorria la fantasia de la Toledana su vida pasada, y creia verse trasportada por sutiles alas á una mansion de tinieblas, donde bajo asquerosas formas cruzaban ante sus ojos los pecados de sus primeros años, á sus piés se extendia un lago vituminoso de aguas podridas y pestilentes, donde reflejaba su figura con toda la deformidad de los vicios y la vejez, á su oido una forma velada que decia llamarse el remordimiento proferia palabras desgarradoras, y sueño ó fantasia la infeliz debia sufrir mucho, que así lo indicaban las contorsiones del rostro y el retorcimiento de las manos. La mayor de las otras dos soñaba tambien en su mancebo de luengas guedejas, pero en vez de aceites y unguentos destilaban sus cabellos sangre y se le aparecia cadavérico los gemidos y gesticulaciones demostraban lo desapacible de su sueño. En cuanto á la zagala, una agitacion estraña estremecia todos sus miembros, luchaba con un terror invencible, queria gritar y no podia, hasta que al fin á eso de la madrugada, cuando el rocío

cae en abundancia con su deliciosa frescura y la Vela menudea su lúgubre sonido, por un esfuerzo supremo lanza un grito desgarrador, y allá entre las brumas de la mañana y los últimos vapores del sueño cree ver venir al toro. Como movidas por un resorte se levantan las otras dos y tomadas de espanto, creyéndose perseguidas por el toro corren despavoridas y no paran hasta el pié de la torre de la Cautiva. Llamán al Juan una, dos y tres veces, pero el Juan no parece, se miran y ¡ay! todo lo comprenden al verse despojadas de sus joyas; lloran y las lágrimas alivian la congoja que padecían. Atormentadas por crueles sospechas corren las tres Marias al Albaicín, penetran en su casa y se realizan sus temores. El Juan les había robado sus joyas, y el rapista y sus cofrades habían saqueado la casa.

Dos horas después el lance era contado y reído entre chicos y grandes, la nobleza y el pueblo, y se hizo tan público que los corchetes no tuvieron más que devolver á sus legítimos dueños las joyas de las Marias.

En cuanto á ellas sirviolas de mucho la aventura. Tuvo la Toledana el sueño por un aviso, y acabó sus días pidiendo misericordia por sus devaneos. Casóse la segunda con el mancebito de luengas guedejas, y vivió y murió honradamente, y la menor hizo vida apartada y penitente en las vertientes de la sierra de Elvira.

El lector deseará saber que se hicieron de los cuatro rufianes. Después de ser arrimados al aldavilla y sufrir la tanda y mosqueo, condenolos el Corregidor á galeras, donde purgaron todos sus enredos y

JUSTICIA DE DIOS.

D. José Rivas Pérez.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

Las doce de la noche acababan de dar en el reloj de la Catedral de Granada, en la siguiente a el día ^{cuero} 13 del mes de julio de 1508.

La ciudad presentaba un cuadro bastante extraordinario: una gruesa capa de nieve cubria sus calles y tejados, y un helado y fuerte viento del norte azotaba sus muros. No se veia luz alguna, ni tampoco transitaba por su recinto persona alguna, que quisiera esponer su cuerpo á las consecuencias de una noche tan fria.

Sin embargo, cuando la última vibración de la campana se perdía lentamente entre el silbido del viento, abrióse el postigo de una de las casas de la calle de San Matias, y apareció un hombre embozado hasta los ojos. Cerró con sigilo la puerta guardándose la llave, y después de escuchar por el ojo de la cerradura, como si temiera que los de adentro notaran su salida, marchó como satisfecho de que nadie lo había advertido, hacia la calle de la Colcha.

Al volver la esquina para entrar en la que hoy se llama de Pavañeras, dió de bruces con otro bulto que venia en direccion opuesta, faltando poco para que ambos perdiesen el equilibrio.

—¡Cuerno de Lucifer! exclamó el recién llegado, por mi vida que os ha de costar caro el enencuentro; y ya se disponia á darle aire á su tizona, cuando nuestro incognito acercándose le dijo:

—Silencio, Roque, soy yo, pueden oírnos y si me conociesen soy perdido: ¿qué noticias me traes? ¿cómo está Matilde? habla.....

—Bastante mal; el médico está desesperado; dice que si esta noche no se verifica el alumbramiento, no responde de su vida. Creyendo que os habian preso, me ha hecho salir en vuestra busca, con esta maldita noche. ¡Cuerno de Lucifer! si no fuera por vos.....

—Descuida, todo será recompensado; lo que importa es que se salve Matilde; su padre unido á las autoridades, nos busca con anhelo; miles espías cercan mi casa, la que ha sido registrada hoy. La astucia de mi criado Antonio me ha librado de caer

en sus garras; si no hubiera sido por el repentino acontecimiento, ya estaríamos en Málaga.

—Sé que han salido requisitorias en nuestra busca.

—Esa es otra fatalidad que hace mas imposible nuestra fuga. Yo seguiré oculto en mi casa escudado por la astucia de mi criado; pero ella; si se descubre su paradero, como perdidos: su padre es inexorable.

—Nada temáis; la tia Maruja al par que buena cristiana es algo avara, y vuestras doradas monedas la tienen hechizada.

—Toda mi fortuna es para ella, si Matilde se salva del furor de su padre y de los celos de ese infame D. Diego que Dios confunda. Adios, Roque; la impaciencia me ahoga; toma mi llave; ya sabes lo convenido; en cuanto logres que Antonio te siga, os espero casa de la tia Maruja.

Ambos se separaron. Roque bajó la calle de San Matias penetrando por la puerta que salió el desconocido, y este siguió su camino hácia el Realejo, y se paró en la puerta de una humilde casilla de la cuesta de Santa Catalina. Una mujer le esperaba en el dintel, la que reconociendo al recién llegado le dijo llena de alegría.

—Señor, ya teneis un hijo.

Casi no había acabado de decirlo, cuando destacándose de repente cuatro hombres de una calle inmediata, se arrojaron espada en mano sobre el desconocido. Este se puso en estado de defenderse, y la mujer dando un grito penetró en la casa seguida de uno de los acometedores. La espada del des-

Desconocido formaba mil culébrinas de fuego ante los ojos de sus contrarios, y presentándoles siempre cien puntas ante sus pechos.

—Ríndete, dijo uno de ellos y te se perdona la vida.

—Jamás, miserable D. Diego, exclamó el desconocido; primero la muerte que conseguir que logres tus desatinados planes.

—Mira que eres perdido, somos tres en contra tuya y pronto tendremos refuerzo.

—Aunque vierais doscientos, primero pasareis sobre mi cadáver que penetrar en esta casa.

—¡Socorro... mi hijo! dijo una voz desfallecida en el interior de la casa, al tiempo que se sintió un golpe, como de un cuerpo al caer desplomado sobre el pavimento.

—¡Cielos! ¡Matilde! dijo furioso el desconocido, mientras que haciendo un violento esfuerzo atravesaba a uno de sus contrarios.

—Matilde, si, dijo saliendo el que había penetrado en la casa poco antes. Matilde que acaba de espirar; la justicia de un padre está vengada; tu habías deshonrado á mi familia, y yo lavo esa mancha con su muerte. En cuanto al maldito fruto de vuestros amores, aquí lo llevo; su suerte y la tuya están decretadas.

—Miserable, dijo el desconocido lanzando un grito desgarrador.

—Concluyamos de una vez, dijo D. Diego, ó te rindes ó hago con tu hijo lo que D. Hernán Sánchez con su hija.

—Nó, nó, dijo el desconocido soltando su espada; vuestra es mi vida, pero respetar la de mi hijo.

Los tres hombres se abalanzaron sobre su presa, ataron fuertemente sus manos, pusieronle una mordaza, y lo condujeron á una casa de la calle de Molinos.

II.

Retrocedamos veinte y cuatro horas antes de los sucesos que acabamos de referir. En uno de los balcones de la casa que ya conocemos en la calle de Molinos, se hallaba una jóven como de unos diez y ocho años y de una belleza extraordinaria, observando con una singular atencion á lo largo de la calle. Su rostro denotaba una profunda tristeza y su pecho se agitaba continuamente, como si un inmenso pesar acribarara su existencia.

La noche estaba serena. Un silencio profundo reinaba en el espacio, y un hombre adelantándose á lo largo de la calle, dió una palmada al acercarse á la casa. El rostro de la jóven se iluminó con una graciosa sonrisa, y su pecho dió salida á un suspiro de alegría, como si hubiera llegado el término de sus pesares. Dejó caer una escala que suspendió en la

baranda del balcón, subió por ella el desconocido, y pocos minutos despues la escala habia desaparecido, y los dos personajes se encontraban en una de las mas lejanas habitaciones de la casa.

—Rodrigo.

—Matilde; fueron las primeras palabras de ambos.

—Cuanto has tardado, dijo la jóven, crei que me habias abandonado en medio de mi desgracia.

—Abandonarte; jamás: ya que la ceguedad de tu padre con D. Diego, no ha dado lugar á que el indisoluble lazo del matrimonio nos una para siempre; ya que tú abandonándote á los deliciosos transportes de nuestro amor, me has hecho feliz; ya que te hé jurado ante la sagrada imágen del Redentor ser tu esposo; y ya que por último llevas un largo tiempo en tu seno el fruto de nuestros infortunios, ¿cómo hé de abandonarte? primero mil veces la muerte que faltar á mi juramento.

—¡Oh! ese es el lenguaje del corazon, de la nobleza de tu sangre, de lo elevado de tu linaje, de los nobles sentimientos de tu alma. Pero este viaje,.... esta fuga,....

—Es precisa; tu estado ha sido descubiertó á tu padre por D. Diego, cuyo secreto se lo ha vendido una de tus criadas. El hallarse actualmente D. Hernan Sanchez en Loja, donde ha recibido la noticia, es lo que nos pone en salvo; no vendrá hasta mañana. Si te quedas, eres víctima de su furor y de los celos de D. Diego; si huyes conmigo, el altar nos espera, donde un ministro del Altísimo bendecirá nuestra union: despues en un pais extranjero viviremos

felices, con mis cuantiosas rentas, hasta que logremos alcanzar la reconciliacion con tu padre.

—Pero abandonarle de esta manera; pagarle de un modo tan ingrato sus beneficio. ¡Oh nunca!

—Matilde, considera que eres madre; que esponiendo tu vida espones la de nuestro hijo, la mia, la....

—No prosigas; estoy pronta; pero esta noche me siento mala; un vago presentimiento ocupa todo el dia mi imaginacion; si irá el Señor á aumentar esta noche mis infortunios?

—Nada temas; te dejaré casa de una buena mujer que me ha ofrecido su casa, donde permanecerás hasta mañana á la noche que se efectuará nuestra fuga. Si te agravas allí tendrás todo el socorro necesario, toda la asistencia posible, todo el cariño de una madre. Yo no te abandonaré sino los momentos necesarios para preparar nuestro viaje. Roque tu fiel criado nos aguarda en dicha casa; no perdamos un instante.

—Partamos, si, y que el Señor me perdone.

Poco despues descendian por la escala, la que dejaron puesta, y entraron en la casa de la cuesta de Sta. Catalina. Roque los esperaba y nadie los habia visto en su travesia.

Al dia siguiente D. Hernan Sanchez llegó de Loja y acto continuo llamó á su hija; los criados le hicieron saber su desaparicion y la de Roque. Lleno de furia fué en busca de de D. Diego Hernandez á quien queria por yerno, y enterado de este suceso, encontró un medio para vengarse de los desdenes de Matilde. Dijo que solo D. Rodrigo Montoro podia ser el

raptor de la jóven, y dando conocimiento del hecho á la autoridad, fué registrada la casa.

La prevencion del fiel criado Antonio, salvó al galante caballero.

Sin embargo pusieron espías, los que en la misma noche avisaron á D. Hernan Sanchez la salida de D. Rodrigo, y que durante su diálogo con Roque, pudieron adelantarse.

Aquel dia Matilde lo habia pasado muy malo; la hora habia llegado: y cuando acababa de dar á luz un hijo, el puñal homicida consumaba una terrible venganza, y su amante caia vajo el poder de su enemigo D. Diego Hernandez.

Al dia siguiente D. Hernan Sanchez pedia el castigo ante los tribunales, del asesinato de su hija verificado la noche anterior.

Por mas diligencias que se hicieron, solo constaba en el proceso, la escala que la noche antes se habia visto suspendida del balcon de la casa de Matilde, un cadáver que se habia encontrado en la puerta de la casa de la cuesta de Sta. Catalina, y el cadáver de Matilde sobre un lecho de la misma casa, horrorosamente mutilado. Sus asesinos despues de atravesar su corazon, habian desfigurado completamente su rostro. La dueña de la casa, así como D. Rodrigo Montoro, su criado Antonio y Roque, habian desaparecido.

El cadáver de la jóven fué trasladado á la parroquia de San Cecilio, donde se le celebraron unas suntuosas exequias.

de la cama; pero sus crispadas manos por la frente, y con que las venenidas frentes reconocen los objetos que le rodeaban.

—En un sueño, dijo, sueño en que me acordaba de un horrible asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

—¿Y me acordaba de un asesinato? ¿Y me acordaba de un asesinato?

—Sí, me acordaba de un asesinato. Me acordaba de un asesinato.

III

Habian pasado quince dias

Las dos de la mañana acaban de dar en el reloj de la Santa Iglesia Metropolitana

En una habitación de la casa de la calle de Molinos, contigua á la en que pocos dias antes estubieron hablando D. Rodrigo y Matilde, se observaba, merced á la escasa luz de una lamparilla, un hombre que tendido en un lujoso lecho, parecia estar poseido de una penosa pesadilla.

Sus manos crispadas las apretaba fuertemente contra su pecho como si hubiese querido arrancarse el corazon, ó desembarazarse de un peso enorme.

Sus labios se entreabrian de cuando en cuando, y dejaban escapar las palabras de, asesino; parricida; venganza; y otras por el mismo estilo.

De repente, lanzó un grito de, socorro, y despertó. Un sudor frio bañaba todo su cuerpo; incorporose

en la cama; pasó sus crispadas manos por la frente, y con ojos desencajados procuró reconocer los objetos que le rodeaban.

—Era un sueño, dijo, pero un sueño horrible... mi hija... pálida cual la muerte... y mostándome una grande herida sobre su corazón... me gritaba... asesino... parricida... dame mi hijo... la justicia del cielo vá á castigar tus crímenes; el cadalso te espera... pero antes tienes que sufrir los dolores que yo sufro... Tendrás hijos, sí... no uno solo como yo, sino muchos, y no podrás alagarlos con tus caricias... jamás podrás besar sus infantiles rostros, ni darles el dulce nombre de hijos... Perderás los objetos que mas amas, y el fin de tu vida será... el cadalso... Asesino... Parricida... y su acento se perdía con ella entre una oscuridad sin límites. Después me hallaba entre los jueces... me leían la sentencia... era de muerte... me conducían al cadalso y cuando iba á entregar mi cuello al verdugo... se apareció la sombra de mi hija... llevaba en la mano el puñal ensangrentado con que le di muerte, y su herida brotaba un torrente de sangre... Mira me dijo... el fruto de tu malvado crimen... Asesino... El verdugo iba á descargar el golpe mortal; di un grito... y me encuentro en mi casa... en mi lecho... todo ha sido un sueño... Estoy en mi casa, tengo en mi poder á Rodrigo... Oh! sí, voy á verlo; temo que se me escapó la presa, quiero gozarme en su martirio; hacerle padecer como padece mi alma agitada por el feroz remordimiento; yo me gozaré en su sufrimiento, me burlaré de su dolor... Entonces tomó precipitadamente un ropaje del lado